

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre Ponce salió de Mérida para la provincia de México, y llegó al convento de Campeche”

p. 379-381

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

sí después que una vez comenzaron a gustar de semejantes oficios. Sin estos recados le dio también aquel fraile otras dos cartas del padre comisario general nuevo, en que, con palabras muy comedidas y de mucho encarecimiento, le pedía fuese luego a verse con él, porque no pensaba dar paso sin tal guía, y que fuese al convento de Xalapa, a donde él saldría a recibirle, porque ya para ello tenía el beneplácito del virrey, y que si su ventura fuese tan corta que no pudiese ir a su presencia, entregase los sellos del oficio y los papeles que tenía al portador. Esto mismo le envió a rogar y mandar, por obediencia, por una patente que iba con estas cartas, firmada de su nombre y sellada con el sello mayor de la provincia del Santo Evangelio, que ya tenía en su poder, del cual usó hasta tanto que hubo nuevo provincial, y desde entonces hasta que el padre Ponce le entregó los de su oficio, selló con un antiguo que halló en el archivo del convento de San Francisco de México; y aunque el dicho padre comisario general tuvo primero intento (como en su carta decía) de no dar paso en la provincia sin verse con el padre Ponce, viendo después cuán revuelta y marañada estaba toda, por haber estado tanto tiempo sin prelado legítimo ordinario que la gobernase, y siendo por otra parte importunado de muchos, y aun del mismo virrey, a que la visitase y sacase provincial, hubo al fin de condescender con ellos y visitarla muy a prisa y casi por la posta, por sí y sus comisarios, y tener capítulo antes que el padre Ponce entrase en ella, como adelante se dirá.

[CAPÍTULO CLXI]

De cómo el padre Ponce partió de Mérida para la provincia de México, y llegó al puerto de Campeche

Cuando el provincial y difinidores y demás frailes de la provincia de Yucatán tuvieron noticia de estas nuevas, y supieron ser ciertas, hicieron todos muy grande sentimiento, porque todos querían y amaban al padre fray Alonso Ponce, y estaban contentísimos con su gobierno y modo de proceder. Y considerando algunos lo que el padre comisario decía en su carta cerca de que fuese a Xalapa, adonde él saldría a verle y, infiriendo de aquí que el virrey no quería, ni querría jamás que subiese más arriba hacia México, sospechaban y temíanse que el llamarle era con cautela,

para tomarle los sellos y papeles, y teniéndole arrinconado y a manera de preso, allí en Xalapa, no hacer nada en los negocios pasados, rehundiendo los procesos y no haciendo caso de cosas de tanto peso como las que habían pasado en aquella provincia; y con esta consideración y sospecha aconsejaban y procuraban persuadir al padre Ponce que no fuese a la provincia de México, sino que desde Yucatán se embarcase para España, pues con esto a lo menos se libraría de las pesadumbres que sospechaban que le habían de dar en lo de México, si allá fuese. El fraile también que le llevó los recados procuraba asimesmo desanimarle para que no volviese allá, afirmando que al virrey le habían llegado en aquella flota muchos favores del rey, con que estaba más brioso que de antes, y que nadie le osaba hablar, pretendiendo con estas nuevas ponerle miedo y hacer que desde allí se viniese a España, añadiendo que el estar como estaba enfermo y achacoso, y tan quebrantado de tanto peregrinar, y siendo como era de más de sesenta y dos años de edad, todo esto era causa bastante para excusar aquella navegación a México, y venirse su camino derecho por La Habana cuando tuviese salud; y que además desto bastaba entregarle a él los sellos y papeles, porque con esto cumplía pues el padre comisario así lo decía por su carta. Pero el padre fray Alonso Ponce, que miraba las cosas más de cerca y las consideraba con ánimo más limpio, y con la prudencia de que en todos sus negocios siempre se aprovechó, mediante el favor de Dios, advirtiéndole a que lo que pretendían los frailes rebeldes de México era que él no volviese a aquella provincia para que con su ausencia se hiciese todo noche, y ellos quedasen impunitos y como victoriosos, y llenos de gloria dijese que él venía huyendo de la residencia, y que bien se echaba de ver ser verdad lo que ellos dél decían, pues no quería estar a cuenta, y que así sería fácil condenar su inocencia y destruir su justicia, y considerando que cuando nada desto sucediese, a lo menos, no pareciendo él en lo de México, quedaría todo revuelto y lleno de confusión, agradeció a los unos y a los otros el consejo y avisos que le daban, y resolutamente les dijo que en ninguna manera dejaría de ponerse en camino para México, y proseguirle con el divino favor; y así, sabido que estaba una barca en el puerto de Campeche aprestada para la Nueva España, y habiendo celebrado con mucha solemnidad la fiesta de la gloriosa Santa Inés, su devota, y predicado en ella en nuestro convento con mucho concurso de gente, y despedidose de aquella cibdad y de todos los religiosos, estando ya para poderse poner en camino los dos que habían ido de México, salió de la cibdad de Mérida, miércoles veinticinco de enero de

ochenta y nueve, antes que amaneciese, yendo en su compañía su secretario y fray Antonio de Villa Real, su compañero antiguo, y el provincial pasado y un difinidor; y andadas tres leguas llegó a decir misa al pueblo y convento de Tahumán, donde fue recibido de los indios y frailes con mucha devoción y amor, y se detuvo todo aquel día, acudiendo los naturales con sus ofrendas ordinarias.

Jueves veintiséis de enero, tomando la madrugada, salió de Tahumán, y andadas cuatro leguas llegó a decir misa a Chocholá, donde asimesmo fue bien recibido y se detuvo lo restante del día, no se atreviendo a pasar adelante temiendo el aguacero de la tarde.

Viernes veintisiete salió de aquel poblezuelo, tan de mañana, que andadas seis leguas llegó muy temprano a decir misa a Maxcanú; allí se le hizo mucha fiesta y se detuvo todo aquel día. A la tarde recibió cartas de Campeche en que le avisaban que en todo caso entrase en aquel convento el lunes próximo siguiente, porque estaba la barca apostada y a punto de hacerse a la vela; con esta nueva (que después pareció ser falsa) tomó la madrugada luego el sábado veintiocho, y pasados los pueblos de Becal y Tipakam, en los cuales se le hizo muy buen recibimiento, llegó a decir misa al de Calkiní, cinco leguas de Maxcanú, donde fue asimesmo recibido con mucha solemnidad; y habiendo comido y descansado un poco, partió de aquel convento con la furia del sol, y pasando por Citbalché y por Tixpokboc, y andadas cinco leguas buenas, llegó sin mojarse al ponerse el sol a Xequelchakán, siendo en todos estos pueblos muy bien recibido y ofreciéndole en ellos melones y gallinas y miel.

Domingo de madrugada, veintinueve de enero, salió de aquel pueblo, y pasando por Tixpokmuch y andadas tres leguas, llegó de mañana a decir misa a Tahnab, donde halló todo la gente junta, y fue recibido en procesión; detúvose allí todo aquel día.

Lunes a la media noche, treinta de enero, partió de Tahnab y diose tan buena prisa a caminar, que, andadas aquellas siete leguas, llegó antes que el sol saliese al convento de Campeche, en el cual se detuvo hasta los seis de febrero, porque ni la barca estaba apostada ni se apostara en muchos días si el padre Ponce y sus compañeros no dieran prisa al piloto y le ayudaran a buscar algunas cosas necesarias para la navegación, porque aún no tenía vasijas en qué llevar agua y fue menester que los frailes le buscasen y negociasen dos pipas para el efecto.